

Introducción

El día ha amanecido claro en el Parque Natural Cabo de Gata, en Almería. Recién levantado, Fernando Maqueira se asoma a la ventana y sonríe al comprobar que, como esperaba, el sol luce espléndido sobre el Mediterráneo, lo que se ajusta perfectamente a sus planes. Ha sido una semana de trabajo intenso, aunque también de diversión, recorriendo parajes de la zona de una belleza incontestable, pero hasta ayer por la tarde el fotógrafo no tuvo la certeza de haber encontrado el sitio perfecto, el que llevaba días buscando. Es un punto concreto en la carretera que lleva a Rodalquilar, cerca de un antiguo puesto de vigilancia de la Guardia Civil conocido como el Mirador de la Amatista.

Allí, un pronunciado cambio de rasante facilita la ilusión óptica en la que el cielo, la tierra y el mar parecen unirse en un mismo plano, así que al pasar por el lugar no dudó en detener el coche. Un minuto después estaba disparando su Nikon, pero a esa hora de la tarde la luz no era propicia. Decidió regresar a la mañana siguiente, cuando el sol estuviera situado enfrente del objetivo.

El mismo sol cuyo reflejo sobre el mar observa ahora a través de la ventana. Su experiencia como fotógrafo es ya lo suficientemente dilatada como para haberle enseñado que es posible tomar mil imágenes, pero siempre hay una que se convierte en la única, en la que desbanca a todas las demás. Y esta mañana luminosa Fernando es consciente de que aún tiene que hacer esa fotografía, y que ésta se encuentra en ese cambio de rasante en la carretera de Rodalquilar. Con este pensamiento se aleja de la ventana y se dispone a revisar su equipo fotográfico, haciendo tiempo hasta que se levanten las otras dos personas que hay en la casa: su primo Fernando —hermano pequeño de Arturo, el dueño de la vivienda— y el amigo con el que ha venido desde Madrid, Enrique González Morales, un joven músico que empieza a ser conocido artísticamente en el circuito musical con el nombre de Quique González.

La idea de viajar hasta Almería fue del propio fotógrafo. Hace semanas que González lo llamó con un punto de

alegría en la voz: «No te imaginas qué compañía quiere sacar el disco», le había dicho el músico en cuanto Fernando descolgó el teléfono. A continuación le contó que Universal Music, la multinacional que le dio la carta de libertad tras la publicación de su primer disco, *Personal*, estaba nuevamente interesada en editar las canciones en las que el compositor llevaba trabajando casi dos años junto a Carlos Raya, que era quien las había producido y grabado en el pequeño estudio casero que tenía en su vivienda de Rivas Vaciamadrid, un municipio cercano a la capital. Eran 16 canciones que, divididas en tres maquetas, habían circulado por las oficinas de distintas compañías discográficas sin obtener respuesta de ninguna. Nadie parecía estar interesado en ellas hasta que Nacho Sáenz de Tejada, que había comenzado a trabajar como director creativo en Universal, telefoneó a Quique González para anunciarle que esta compañía tenía interés en editarlas en el que sería el segundo trabajo discográfico del autor madrileño. Maquieira enseguida pensó que el Cabo de Gata sería el lugar ideal para hacer las fotografías que ilustraran la portada y el libreto del futuro disco.

Y ahora están aquí, en la casa que el primo Arturo posee en El Pozo de los Frailes. El fotógrafo tiene claro que las imágenes deben ser luminosas pero, al mismo tiempo, han de plasmar la soledad en la que ha trabajado el músico durante meses. Sabe que en esas canciones se evidencian pai-

sajes urbanos pero también carreteras, playas desiertas y acantilados en los que rompen las olas. Por ello durante toda la semana ha gastado varios rollos de película en las calles de San José, en las antiguas minas de Rodalquilar, en las playas que circundan la Isleta del Moro o en el 'bar de Jo', propiedad de Jo Bel, un motero francés que a principios de los años 90 del siglo XX creyó encontrar en Los Escullos su paraíso particular.

Fernando Maquieira quiere además que la imagen de portada transmita la melancolía vitalista que impregna el disco, y piensa que la silueta de un solitario González captada a contraluz, con el mar fundido al fondo con el cielo, puede ser capaz de expresar ese sentimiento en apariencia contradictorio, en el que la alegría de los sueños que están por cumplir confluye con la sensación de pérdida de los que quedaron por el camino. Con esa idea en la cabeza, dentro de un par de horas estará en el cambio de rasante del Mirador de la Amatista, disparando con teleobjetivo a la figura lejana de un paciente y divertido Quique González, que posará durante un buen rato con su guitarra bajo el brazo.

Es viernes 9 de marzo de 2001, el día en que Maquieira conseguirá al fin esa fotografía que anda buscando, la que desbancará a todas las demás. La capta en un rollo de diapositiva que después revelará como negativo, propiciando

una aberración cromática al estilo de la que conseguirán los filtros que años más tarde se popularizarán en aplicaciones para teléfonos móviles.

Después de la productiva sesión de fotos, los tres amigos lo celebrarán con una comida en la Isleta del Moro y al día siguiente regresarán a Madrid, poniendo fin a un viaje inolvidable. Fernando Maquieira lo recordará así años después:

«Fue muy divertido. Quique y yo éramos ya amigos, y él conectó también de maravilla con mi primo Fernando, que es un tipo muy gracioso. Estábamos todo el día como de excursión, buscando localizaciones. No parábamos de hacer fotos, en plan trabajo pero muy distendido, muy hippie, riéndonos de todo continuamente. Aquellos paisajes brindan un montón de posibilidades, te pones a hacer fotos y pasan cosas. En muy pocos kilómetros a la redonda teníamos todo lo que podíamos necesitar: el mar, unos parajes salvajes que contrastaban con esos grandes espacios industriales en desuso, minas abandonadas, cortijos en ruinas... Lo pasamos tan bien que semanas después volvimos para grabar el videoclip de *La ciudad del viento*».

El 21 de mayo de 2001, algo más de dos meses después de aquel viaje al Cabo de Gata, esa fotografía realizada en la

carretera de Rodalquilar ilustraría en las tiendas la portada de *Salitre48*, el segundo disco en la carrera musical de Quique González. Un álbum de 16 canciones de una calidad incuestionable que sentaría las bases de la trayectoria posterior del compositor madrileño y que con el tiempo se convertiría en la puerta de entrada más concurrida al universo de un músico que, desde entonces, no ha dejado de crecer, en un camino siempre ascendente aunque no exento de dificultades.

Se trata además de un caso inusual en la industria discográfica, al haber sido editado con maquetas de las canciones, grabadas en casa del productor Carlos Raya de forma prácticamente artesanal sin el habitual proceso de grabación en estudio. Porque *Salitre48* no existiría como lo conocemos si Quique González no hubiera escrito esas canciones inolvidables, pero tampoco si en su camino no se hubiera cruzado con un músico con las cualidades profesionales y humanas de Raya, que fue el artífice de esas grabaciones caseras que finalmente conformaron el disco.

Muchas de las canciones que éste contiene son hoy clásicos insoslayables en el repertorio del artista, como lo demuestra la reedición especial 15º aniversario realizada por Universal Music, la compañía discográfica que, habiendo dado la carta de libertad a Quique González tras la publicación de *Personal*, su primer trabajo, finalmente se rin-

dió ante la magia de estas canciones y volvió a fichar al joven rockero.

Estas y otras razones han convertido a *Salitre48* en un disco emblemático, el preferido por muchos de los seguidores del músico madrileño hoy afincado en Cantabria. La historia que envuelve la grabación y edición de esta colección de canciones representa una manera de entender la creación artística y el oficio de músico. Es, en todo caso, una historia que merece ser contada.